

ROMANCERO

DE

DON JAIME EL CONQUISTADOR



REPUBLICA DE COLOMBIA

Departamento de Antioquia

BIBLIOTECA DE ZEA

MEDELLIN

---

ESTE LIBRO ES PARA EL ESTUDIO  
DE MUCHOS. CU DELO  
LA BIBLIOTECA ES UN LUGAR  
TRABAJANDO PARA  
EL ESTUDIO Y LA INVESTIGACION  
NO DE CHARLAS Y RECREO

Romancero de

Don Jaime "el conquistador"

36

5-X111

BIBLIOTECA DE ZEA

08 SET. 1999

ROMANCERO

DE

DON JAIME EL CONQUISTADOR

■ POR

ADOLFO LLANOS

PREMIADO CON MEDALLA DE ORO

EN PÚBLICO CERTAMEN

por la

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

É IMPRESO Á SUS EXPENSAS



MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

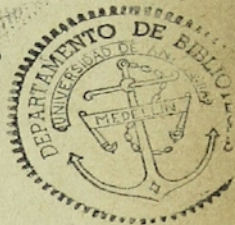
Don Evaristo, 8

1889



LOS PRIMEROS AÑOS

1208 Á 1228



REPUBLICA DE COLOMBIA

Departamento de Antioquia

BIBLIOTECA DE ZEA

MEDELLIN

---

861  
22791r  
Ej. 1

BIBLIOTECA DE ZEA

NACIMIENTO DE DON JAIME.

2 DE FEBRERO DE 1208.

LA Reina Doña María  
Lágrimas vierte á raudales;  
En Mireval está sola,  
Tiene el palacio por cárcel.

¡Qué silencio en su retiro!  
¡Qué humilde luto en su traje!  
¡Qué palidez en su rostro!  
¡Qué rigor en sus afanes!

Ausente vive Don Pedro:  
Al pie del tálamo yace  
La esperanza de una esposa  
Con amor y sin amante.



REPUBLICA DE COLOM

Departamento de Antioqui

BIBLIOTECA DE ZEA

MEDULLIN



004270

Mientras el Rey se divierte  
En su castillo de Lates,  
Entregándose á los goces  
Para olvidar los pesares.

\*  
\* \*  
\*

Sucesor á la Corona  
Piden plebeyos y grandes:  
No tendrán lo que desean;  
El Rey quiere divorciarse.

Amador antojadizo  
Y guerrero infatigable,  
Busca breves alegrías  
En amores y combates.

Huye del placer seguro,  
Desdeña victoria fácil,  
Sólo persigue con ansia  
Lo que no tiene á su alcance.

Sus pasiones son caprichos  
De voluntad insaciable;  
Apenas lucen, ya mueren  
Cual relámpago brillante.

Hallan vida en un antojo,  
Alimento en una frase,  
Sepultura en el hastío,  
Epitafio en un donaire.

\* \* \*

De Catalina Rebusse,  
Beldad entre las beldades,  
Hechizaban á Don Pedro  
Los encantos deleitables.

Un noble le ofrece ayuda:  
Pronto le dice: «Triunfaste;  
En tu cámara esta noche;  
Yo seré quien la acompañe.»



Á obscuras entra la dama;  
Al amanecer, invaden  
La habitación los prelados,  
Los señores principales.

Despierta el Rey: en su lecho  
Está la Reina, mirándole  
Con el inmenso cariño  
De la esposa incomparable.

Fué perdonado el engaño,  
Celebróse en todas partes,  
Revivió Doña María  
Y vino al mundo Don Jaime.

\*  
\* \*

Á Montpellier va el monarca  
Jinete en potro arrogante;  
Lleva á la Reina en la grupa:  
La multitud los aplaude.



Para mostrar su alegría  
 El pueblo compone el baile  
 Del *chevalet*, que es ornato  
 De las fiestas populares,

Y al ver juntos á los Reyes  
 Todos gritan: «¡Salve! ¡Salve!  
 ¡Nuestro Señor los ayude!  
 ¡La Santa Virgen los guarde!»

\* \* \*

Quieren saber de qué modo  
 El Príncipe ha de llamarse:  
 Don Pedro y Doña María  
 Consultan á los magnates.

Mas de improviso la Reina  
 Discurrió que se grabasen  
 Los nombres de los Apóstoles  
 En doce cirios iguales.



Encendiéndolos á un tiempo  
Elegió el que más durase:  
Once cirios se acabaron;  
Quedó sólo el de San Jaime.



Llevan el niño á la iglesia:  
Al traspasar los umbrales  
Entona el coro un *Te Deum*  
Sin haber visto al infante.

Repítese el hecho extraño  
En otra iglesia: los padres  
Del noble recién nacido  
Celebran estas señales.

Son augurio venturoso  
Que el cielo quiere otorgarle,  
Prometiéndole la gloria  
De los seres inmortales.

El que fué digno monarca,  
Espejo de capitanes,  
Maravillosa figura  
De epopeya y de romance,

Sin el auxilio divino  
Jamás lograra elevarse  
Hasta la altísima cumbre  
Pedestal de los gigantes.

REPUBLICA DE COLOMBIA  
Departamento de Antioquia  
BIBLIOTECA DE ZEA  
MEDELLIN

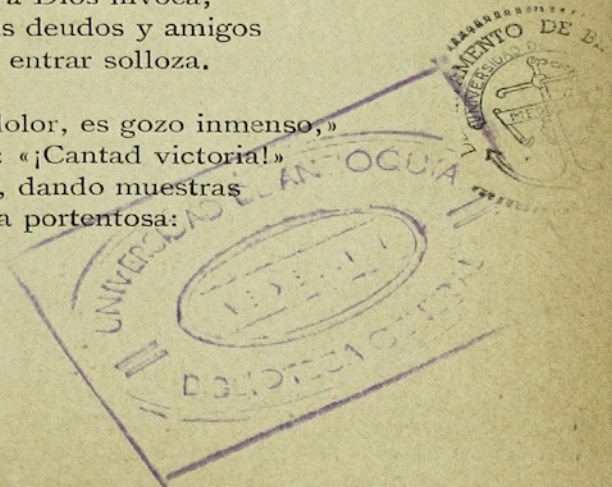
LA ORDEN DE LA MERCED.

1218.

SEPÚLTASE en el ocaso  
La noche; fulgente aurora  
Con su mirada acaricia  
Los muros de Barcelona.

El niño Rey se despierta,  
De hinojos á Dios invoca,  
Llama á sus deudos y amigos  
Y al verlos entrar solloza.

«No es dolor, es gozo inmenso,»  
Prorrumpe: «¡Cantad victoria!»  
Y sigue así, dando muestras  
De facundia portentosa:



«Tranquilo anoche dormía;  
Despiértome con zozobra;  
Extraña quimera ofusca  
La imaginación absorta.

»Milagroso es cuanto veo:  
Los tapices de la alcoba  
Se levantan, y los muros  
Sin estruendo se desploman.

»Aparecen á mi vista  
En extensión asombrosa  
Mundo y cielos, inundados  
Por resplandores de gloria.

»Una mujer, un prodigio,  
Imagen encantadora  
Que luce en su pura frente  
Inmarcesible corona,

»Á la sorprendida tierra  
Desciende majestuosa  
En un trono de luceros,  
Sobre nubes de palomas.

» Al verla llegar, el orbe  
Himnos de júbilo entona;  
Ignotos astros derraman  
Claridad esplendorosa.

» Con sus inmensos tesoros  
Naturaleza se adorna;  
Despiértase cuanto duerme,  
Cuanto existe se alboroz.

» Las enhiestas cordilleras  
Le abren camino en la roca;  
Baja el monte á la llanura  
Para servirle de alfombra.

» Pueblan el azul espacio  
Armonías deliciosas;  
Difúndense por los aires  
Embriagadores aromas.

» El seco tallo revive,  
La brava fiera se postra,  
Madura el fruto tardío,  
Vuélvese miel la ponzoña,

» Y todo en el Universo  
 Exclama: ¡Salve, Señora!  
 ¡Bendita seas, María,  
 Madre de misericordia!

» Ella se acerca y me dice:  
*No sólo el triunfo se logra  
 Lidiando: también lo alcanza  
 La piedad, si es meritoria.*

» Funda enérgica milicia  
*Que liberte generosa  
 Los infelices cautivos,  
 Por virtud de la limosna.*

» Lleven nobles mercenarios  
*Á las enemigas costas  
 Sus arrogantes galeras  
 Cargadas de oro y de joyas,*

» Y devuélvanlas al puerto  
*Henchidas hasta las bordas  
 De cautivos libertados,  
 Que es la carga más preciosa.*

»Esto dicho, desaparece;  
Reinan de nuevo las sombras;  
Queda por siempre la imagen  
Esculpida en mi memoria.»

Pedro Nolasco y Raimundo  
De Peñafort se interrogan  
Con expresiva mirada  
Que inmenso placer rebosa.

—«Señor,» dicen á Don Jaime:  
«Anoche á la misma hora  
Vimos también á la Virgen  
Y nos habló en igual forma.»

El Rey con ardor prorrumpe:  
—«¡Oh Virgen maravillosa!  
Lo que á tus siervos ordenas  
Se cumplirá sin demora.»

REPUBLICA DE COLOMBIA

Departamento de Antioquia

BIBLIOTECA DE ZEA

MEDELLIN





## CASAMIENTO DEL REY.

1221 Á 1225.

CUMPLE trece primaveras  
El monarca: su familia,  
Los magnates y prelados  
Noble esposa le destinan.

El Rey no sabe oponerse:  
Acepta con alegría  
La mano de la princesa  
Doña Leonor de Castilla.

No apunta el bozo á Don Jaime;  
Doña Leonor es muy niña;  
Pero razones de Estado  
Á los reyes sacrifican.

REPUBLICA DE COLOMBIA

Departamento de Antioquia

BIBLIOTECA DE ZEA

MEDELLIN

---

## CASAMIENTO DEL REY.

1221 Á 1225.

CUMPLE trece primaveras  
El monarca: su familia,  
Los magnates y prelados  
Noble esposa le destinan.

El Rey no sabe oponerse:  
Acepta con alegría  
La mano de la princesa  
Doña Leonor de Castilla.

No apunta el bozo á Don Jaime;  
Doña Leonor es muy niña;  
Pero razones de Estado  
Á los reyes sacrifican.

REPUBLICA DE COLOMBIA

Departamento de Antioquia

BIBLIOTECA DE ZEA

MEDELLIN

---

En Ágreda se desposan;  
La gente inunda la villa;  
En Tarazona se velan;  
El pueblo los felicita.

De Aragón y Cataluña  
Los barones acudían;  
Los monarcas castellanos  
Llevan grande comitiva.

Arman al Rey caballero:  
Él no espera que le ciñan  
La espada, porque la toma  
Con arrogante osadía.

Todos muestran regocijo;  
Los novios causan envidia;  
Pecheros y cortesanos  
Altas glorias pronostican.

Ninguno acordarse quiere  
De que no arraiga la dicha;  
Ninguno piensa que el gozo  
Es ave que nunca anida.

Inmediato parentesco  
El matrimonio impedía:  
El Pontífice lo sabe,  
Á los cónyuges castiga.

Es repudiada la esposa;  
De la corte se retira;  
En el convento de Burgos  
Acaba su triste vida.

Los consejos de los nobles  
Tal desgracia producían:  
Á menudo la torpeza  
Tiene visos de malicia.

\*  
\* \*

Al fin el joven monarca  
Esposa y amor olvida:  
Otro objeto le enardece,  
Otra pasión le domina.

Prepárase valeroso  
Á formidable conquista;  
Entusiasma á los soldados,  
Á los barones avisa.

Alagón, Foces y Luna  
Le secundan en seguida;  
Los demás, con el silencio  
Disfrazan la rebeldía.

Don Jaime se desespera;  
Mas ya cunde la noticia  
De sus bélicos intentos  
Que al musulmán intimida.

Por temor á la derrota  
Los enemigos suplican:  
El Rey moro de Valencia  
Embajadores le envía.

Rico tributo le ofrece,  
Paz y amistad solicita;  
Don Jaime dice al de Luna:  
—«Esta victoria me humilla.»

El de Luna le responde:  
—«Acallad vuestra codicia.  
Jamás consiguió un guerrero  
Victoria tan peregrina.

»Para ganar las batallas  
Fuerza es luchar á porfía.  
Vos las ganáis sin combate;  
No hay otro que más consiga.»



## EL TROVADOR.

1228.

**D**ESCANSANDO está el monarca;  
El trovador le contempla.  
—«¿Queréis que diga una trova?  
¿Preferís una leyenda?»

—«Basta de dulces amores,  
Que no estoy para ternezas;  
Prefiero que cuenten lances  
Y desdichas de la guerra.»

El trovador pulsa el harpa,  
Hiere las dóciles cuerdas,  
Y al compás de tristes notas  
La voz altiva resuena:

«Subiendo van los jinetes,  
Subiendo por el pinar.  
Está en la sierra el cristiano,  
En el valle el musulmán,  
» Junto á la villa sitiada  
Que pronto sucumbirá.  
Por en medio cruza el río  
Azotando el pedregal.

---

» El espectro de la guerra  
Se yergue en la inmensidad.  
Negras aves de rapiña  
Contemplan con vivo afán  
» Cómo cavan sepulturas  
Los espíritus del mal.  
Subiendo van los jinetes,  
Subiendo por el pinar.

---

» Catorce son los soldados,  
Catorce con Montalván;  
Llevan aviso importante  
Al castellano real.



»En silencio, como sombras  
Deben el campo cruzar:  
Si mueren en la jornada  
La villa se perderá.

---

»Sólo catorce escogieron  
Para la empresa fatal;  
Entre doscientos audaces  
No pudo escogerse más.

»Lograron cruzar el río,  
Ya cerca del campo están.  
Subiendo van los jinetes,  
Subiendo por el pinar.

---

»El africano dormita;  
Yace á sus plantas en paz  
Con la corva cimitarra  
El agudo yatagán.

»De pronto escucha, ve, corre,  
El grito de alarma da.  
¡Son ellos! Son los jinetes  
Que suben por el pinar.

»Feroz y muda pelea  
Se traba en la obscuridad;  
Van cayendo poco á poco,  
Es imposible triunfar.

»Muy cara venden su vida  
Mas ninguno pasará.  
De los catorce leones  
Sólo queda Montalván.

---

»Como centella lanzada  
Por hórrida tempestad  
En ímpetu formidable  
Que no es posible atajar,  
»Blandiendo enorme cuchillo,  
Con espíritu infernal,  
Rompe y deshace las filas  
El osado Montalván.

---

»Llega el aviso al cristiano;  
Vuelve su ejército atrás;  
Queda vencido el muslime  
Y la villa en libertad.

»Lleno de gloria y de sangre  
Da la vuelta Montalván:  
Es el único jinete  
Que baja por el pinar.»

---

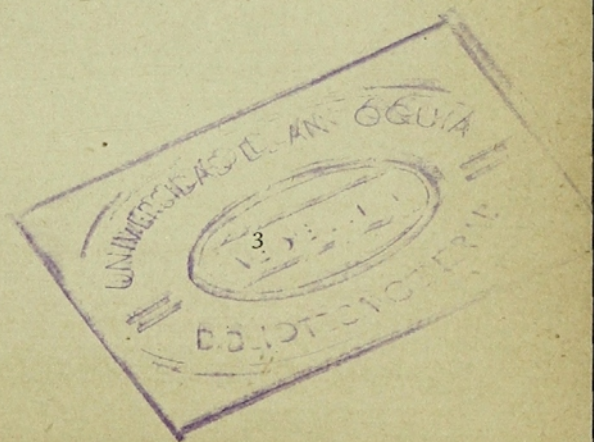
Escucha Don Jaime atento  
Y dice:—«La historia es bella:  
He de hacer que con la mía  
Cantes mejores endechas.

»De mí hablarán los infieles,  
Por mí han de perder sus tierras,  
Sus jardines, sus ciudades,  
Sus altivas fortalezas.

»Yo juro que si conocen  
De mi casco la cimera,  
Le enseñarán las espaldas  
Tan pronto como la vean.»

# CONQUISTA DE MALLORCA

1229 Á 1230



## CORTES EN BARCELONA.

**D**os naves de Cataluña  
Apresan los de Mallorca;  
Don Jaime pide venganza,  
El pueblo entero le apoya.

Pedro Martell, mercadante  
Que ha recorrido mil costas,  
Pinta con vivos colores  
*Las islas maravillosas.*

Al ver que en todos los pechos  
Audacia y bravura sobran,  
Dispone el Rey que se junten  
Las Cortes en Barcelona.

Muy pronto se ve reunido  
Cuanto Aragón atesora:  
El valor y la prudencia  
Con la virtud y la gloria.

Como entre nobles amigos  
Que sólo el bien ambicionan,  
Los diversos pareceres  
Se suavizan y se amoldan.

Todos hablan mesurados,  
Ardiendo en fe religiosa;  
Nadie observa con malicia,  
Nadie aplaude por lisonja.

Hasta que rotos los diques  
El patrio amor se desborda  
Y resuelve la asamblea  
La conquista de Mallorca.

Juran las diputaciones  
Triunfar ó morir con honra;  
En los labios y en los pechos  
El entusiasmo rebosa.

Quién da jinetes, quién trigo,  
 Quién un broquel ó una cota;  
 Éste, mil marcos en plata;  
 Aquél, otros mil en joyas.

El Rey da sus caballeros  
 Y sus aguerridas tropas;  
 Los ricos barceloneses  
 Dan las naves de la flota.

Se abrazan los diputados,  
 Á los balcones se asoman,  
 Espera la muchedumbre  
 Impaciente y anhelosa.

Grabada tienen los rostros  
 La angustia de la zozobra:  
 —«¿Qué deciden?»—«¿Qué han resuelto?»  
 —«¿Acaso paz bochornosa?»

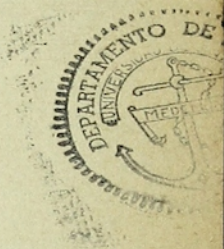
Y exclama una voz potente:  
 —«¡Viva Don Jaime! ¡Victoria!»  
 Y un grito inmenso resuena:  
 —«¡Viva Don Jaime! ¡Á Mallorca!»

## REGOCIJO EN LA CIUDAD.

**C**ORRE la VOZ cual un rayo  
Difundiendo la noticia,  
Sol que enciende corazones  
Y espíritus ilumina.

Los que no saben, preguntan,  
Apremian y mortifican;  
Los que saben, por decirlo  
Se aturden y precipitan.

Es un tropel de palabras  
Sin concierto ni medida;  
Sólo se entiende: «¡Mallorca!»  
«¡El Rey Don Jaime!» «¡Conquista!»





Cuando ya lo saben todos,  
¡Qué clamor! ¡Qué vocería!  
¡Qué bulliciosa colmena!  
¡Cuántas idas y venidas!

Llénanse pronto las calles  
De armas, lienzos y barricas,  
Muchas cosas que no sirven,  
Algunas de las precisas.

Los hombres piden tarea,  
Hierros empalman ó afilan;  
Incansables las mujeres,  
Unas cosen, otras limpian.

Pierde la playa el sosiego;  
Con terrible algarabía  
Aderezan los marinos  
Galeotas y taridas.

Los muchachos, animosos,  
Toman con ciega porfía  
Vestiduras por adargas,  
Débiles cañas por picas.

Buscan lugar de pelea,  
En dos partidos se alistan:  
Uno defiende á Mallorca,  
Otro acude á combatirla.

Después de lucha espantable  
Gallardamente fingida,  
Los mahometanos sucumben,  
Aragón se regocija.

¿Cómo expresar con palabras  
La ventura de este día?  
Jamás tan grande y hermoso  
Lo vió Barcelona invicta.

Estandartes y banderas  
Sobre los muros se fijan;  
Adórnanse los balcones  
Con gallardetes y cintas.

El júbilo es contagioso,  
Y cada cual imagina  
Un nuevo placer, que ofrece  
Al primero que le mira.

Los aturdidos, bromean;  
Los graves, se felicitan;  
Uno canta y otro llora,  
Éste corre y aquél brinca.

Todo afecto se enardece,  
Toda amargura se olvida,  
Los enemigos se abrazan,  
Los cónyuges se acarician.

Hasta el débil pequeñuelo  
En el regazo se agita,  
Codicioso de mostrarse  
Partícipe de la dicha.

Y ya en la ciudad entera  
No hay más que gentes amigas  
Preguntando con halagos,  
Respondiendo con sonrisas.

Sólo algunos previsores  
Por dudar se martirizan,  
Y mientras que todos gozan  
Ellos callan y suspiran.

## LA EXPEDICIÓN.

**D**EL puerto de Tarragona,  
De Cambrils y de Salou,  
Formada en tres divisiones  
Sale al mar la expedición.

Van cincuenta y cinco naves  
Que Cataluña aprestó,  
Cien galeotas, taridas  
Y otras de porte menor.

Diez y siete mil guerreros,  
No tan sólo de Aragón;  
También de Castilla, Italia,  
Provenza, Narbona y Po (\*).

(\*) Pau.

Figuran entre los jefes  
Santmartí, Pomar, Carroz,  
Montanyá, Verret, Olives,  
Alemany, Pallafòls.

Cornel, Jimeno de Urrea,  
Desvilar, Solsona, Royz,  
Claramunt, Hugo de Ampurias,  
Villagrana, Cervelló.

Montesquiú, Gil, Rocaberti,  
Centellas, Maza, Spanyol,  
Santvicens, Montgrí, Jiménez,  
El Conde del Rosellón.

Los dos hermanos Moncada,  
Termens, el fiero Belloch,  
El obispo de Gerona  
Y Berenguer de Palou.

Hermoso ejército lleva  
El monarca emprendedor,  
Y más hermoso parece  
Con el auxilio de Dios.

## LA TEMPESTAD.

V EINTE millas mar adentro,  
Debajo de negras nubes  
Se ve la famosa escuadra  
Que á la expedición conduce.

Muestra el piloto á Don Jaime  
Del rayo la viva lumbre,  
Las enfurecidas olas  
Que levantándose rugen.

— «Señor, volvamos á tierra:  
Quizá pronto nos abruma  
Tempestad irresistible;  
Ya próxima se descubre.»



Con mal encubierto enojo  
 El monarca le interrumpe:  
 —«¿Volvemos atrás? ¡Locura!  
 Sigue adelante: no dudes.»

—«Señor, la tormenta llega:  
 Nadie resiste su empuje.»  
 —«No me importa: yo respondo  
 De todo el mal que resulte.»

—«¡Señor, estamos perdidos!»  
 —«Ó se triunfa ó se sucumbe.  
 ¿No ves que el cielo me guía?  
 ¿Cómo quieres que te escuche?»

El huracán se desata,  
 Pavor en todos infunde,  
 Las olas barren los puentes,  
 Hasta las antenas suben.

—«¡Señor! ¿lo veis? Causa espanto.  
 ¡Ay del que no se refugie!»  
 —«Cada cual hace su oficio:  
 Deja que las naves luchen.»

— «Señor...» — «Basta, marinero:  
Si el mar nuestras naves hunde,  
No faltará quien me lllore  
Ni tampoco quien me culpe.»

La tempestad es terrible:  
Acosa, rompe, desune;  
Los gruesos cables estallan,  
Las duras maderas crujen.

Arrebatadas las naves,  
El yugo humano sacuden;  
Irán á donde las lleven  
Los vientos que las impulsen.

Cierra imponente la noche:  
Rey Don Jaime, no te ocultes  
Para devorar tu llanto;  
Pide á tu Dios que lo enjague.



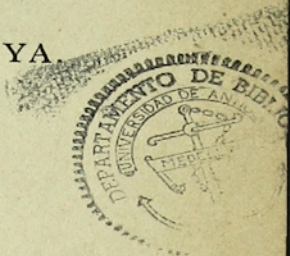
Amanece. Todo es calma,  
No se ha perdido ni un buque,  
Y en el sereno horizonte  
Brillan las costas azules.

BERNARDO DE RUYDEMEYA.

«**B**ERNARDO de Ruydemeya,  
Pídele al cielo salud;  
Pero no le pidas gloria:  
Ya sabes ganarla tú.

» Dicen que fuiste el primero  
De la hueste de Jesús  
Que en las playas mallorquinas  
Clavó la radiante cruz.

» ¡Inesperado consuelo  
En mi triste senectud!  
Estaba ciega, lo supe;  
Rompióse el negro capuz.



» Absorta miro la tierra,  
El agua, el espacio azul;  
Himnos entona mi pecho  
De ferviente gratitud.

» ¡Dios te bendiga y te libre  
De vengadora segur!  
¡Cuán feliz es una madre  
Con un hijo como tú!»

---

Esto escribe á Ruydemeya  
La mujer que le dió á luz.  
¡Digno lauro, justo premio  
Del valor y la virtud!

## ALMOGÁVARES Y ADALIDES.

VAN con el Rey á Mallorca  
Los guerreros más temibles:  
Se llaman los almogávares,  
Se llaman los adalides.

Son éstos jefes y guías  
Que las empresas dirigen;  
Aquéllos son los soldados  
Asombro de los musulimes.

Llevan la pierna desnuda,  
Grosera zamarra visten  
Sobre una fuerte camisa  
Que hasta los muslos se ciñe.

Calzan abarcas de cuero,  
Y en los combates esgrimen  
Dardo agudo y tosca lanza  
Con poder irresistible.

No tienen ejecutorias  
Ni son de preclara stirpe;  
Su abolengo es un cuchillo  
Que en sangre mora se tiñe.

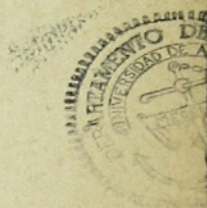
Guerreadores indomables,  
Nacieron para las lides;  
Habitan en las montañas,  
Duermen en hondos cubiles.

Cuando no hay pan, comen hierbas;  
Sin ansia y sin miedo viven;  
Ni el hambre los debilita  
Ni la fatiga los rinde.

No cuentan los enemigos,  
Sólo gozan al batirse;  
Sus triunfos no se comprenden,  
Su valor no se concibe.

Son bravos como leones,  
Tan ágiles como tigres,  
De Aragón y Cataluña  
El más codiciado timbre.

Maravilla de la historia,  
Que sus hazañas sublimes  
En páginas inmortales  
Con íntimo gozo escribe.



## LOS MONCADA.

**P**OR la playa mallorquina  
Los jinetes van corriendo  
Á salvar á los Moncada,  
Que estarán en grave aprieto.

Marcha el Rey á la cabeza  
Tan aprisa como el viento,  
Y le gritan: «¡Más despacio!  
Ya seguimos no podemos.»

Don Jaime tan sólo escucha  
Esta voz en sus adentros:  
«Nos esperan los Moncada,  
Nos esperan combatiendo.»

Sigue el Rey, sigue la tropa,  
Los caballos corren sueltos,  
No obedecen á la espuela  
Ni se rigen con el freno.

Se devora la distancia  
Con ardor que infunde miedo:  
No es carrera, ya es locura;  
No es galope, sino vuelo.

—«Más despacio, más despacio,  
Que no hay fuerza ni hay aliento.»  
Don Jaime sólo responde:  
—«Nos aguardan combatiendo.»

—«¡Á matarnos vais á todos!»  
Le contestan sin respeto,  
Y detienen por la brida  
Su corcel, que pára en seco.

Mira el Rey sin alterarse,  
Refrenando el ardimiento,  
Á los nobles, sus amigos,  
Que las riendas le cogieron.



Les dice:—«No hay para tanto,  
Que no soy leopardo fiero:  
No marcharé tan aprisa,  
Ya que tenéis tal empeño.

»Mas no seguiré á mi gusto  
Ni tranquilo, y quiera el cielo  
Que tamañas dilaciones  
No sean en daño nuestro.»

\*  
\* \*

Cuando al sitio del combate  
Se acercaron los guerreros,  
Todo fué pena, sonrojo,  
Angustia, remordimiento.

Llegaba el auxilio en vano:  
Los Moncada estaban muertos;  
Junto al de Ramón, yacía  
El cadáver de Guillermo.

Lloró el Rey, lloraron todos,  
Y en el acto del entierro  
Así se expresó el monarca  
Con grave, solemne acento:

—«Á Dios pongo por testigo,  
Que si con humano precio  
Se redimiera la muerte  
De estos nobles caballeros,

» Tanto gustoso daría,  
Que os pareciera de cierto  
Vana lisonja el decirlo,  
Insensatez el hacerlo.»



Después levantóse el campo,  
Fijándole á poco trecho  
De la ciudad de Mallorca,  
Para empezar el asedio.

Y la ciudad sonreía,  
Mostrando al enojo ciego  
Y á las locas ambiciones  
De miles de aventureros,

Su pabellón de follaje  
Y su cintura de huertos  
Bajo espléndida corona  
De minaretes soberbios.



## GUILLERMO DE MENDIONA.

**I**BA al campo de batalla  
Don Jaime el Conquistador,  
Siguiéndole á duras penas  
La gente de su escuadrón.

Á la mitad del camino  
Un caballero encontró  
Que del campo se volvía,  
Partido el labio inferior:

Guillermo de Mendiona,  
Aventurero español  
Famoso por sus hazañas  
En el reino de Aragón.

—«¿Por qué os partís del combate?»  
Don Jaime le preguntó,  
El caballero repuso:  
—«Por esta herida, señor.»

Deteniéndole el caballo  
Le dijo el Rey:—«Hombre sois  
Que por semejante golpe  
No debe sentir pavor.»

Sonrojado Mendiona  
Riendas al potro volvió,  
Hacia el lugar de la lucha  
Dirigiéndose veloz.

Y quiso vengarse tanto  
De la justa reprensión,  
Tan bien y de tal manera,  
Que nunca más pareció.

## SITIO DE MALLORCA.

Y A está la ciudad sitiada;  
Ya juegan, causando asombro,  
Un turquesco, dos trabucos,  
Un fundíbulo espantoso.

Tres manteletes fabrica  
El sitiador en su apoyo,  
Que por debajo del agua  
Le abren camino muy pronto.

El Rey dirige las obras,  
Lo mira y prepara todo:  
Arengan á los guerreros  
Dos ilustres religiosos.



Los sitiados se defienden  
Con incomparable arrojo:  
Apenas uno sucumbe,  
Su lugar disputan otros.

Tienen catorce algarradas,  
De piedras inmenso acopio,  
Zapadores aguerridos,  
Ballesteros de buen ojo.

Así para los que sitian  
No hay seguro ni reposo:  
El trabajo es incesante,  
Grande el mal, el tiempo corto.

El Rey lo ve y no se apura,  
Pues por valiente ó por loco  
No ha de cejar en la empresa  
Ni aunque le dejaran solo.

Viene el muslime Ifantilla  
Con escuadrón numeroso;  
Corta el agua á los cristianos,  
Mas sucumbe con oprobio.

Y su sangrienta cabeza  
Lanzada sobre los moros,  
Es de segura derrota  
Elocuente testimonio.

Los ingenios se aproximan  
Haciendo mayor destrozo:  
Perecen los defensores  
Debajo de los escombros.

Después de gran resistencia  
Y de combates heróicos,  
Los lienzos de la muralla  
Vacilan faltos de apoyo.

Se desmoronan las torres  
Con estrépito horroroso,  
Y no queda á los sitiados  
Ni esperanza de socorro.

Busca el Emir de Mallorca  
Su salvación de algún modo,  
Pidiendo que el Rey admita  
Varios pactos provechosos.



El Rey á nada se aviene,  
Y responde con enojo:  
—«Matásteis á los Moncada;  
Yo no olvido ni perdono.»

## DISCURSO DEL EMIR.

L LAMA el Emir á los jefes,  
Al pueblo entero convoca,  
Y las siguientes palabras  
Dice con voz anhelosa:

—«Todo es inútil, amigos:  
Don Jaime quiere á Mallorca;  
No admite lo que le ofrezco,  
No concede ni perdona.

»En nuestras verdes campiñas,  
Al murmullo de unas olas  
Que jamás acariciaron  
Las naves de extraña flota,



»Gemirán niños y ancianos  
Dentro de obscura mazmorra;  
Venderánse los mancebos,  
Corceles, armas y joyas.

»No habrá piedad ni decoro:  
En orgías vergonzosas  
Morirán vuestras mujeres  
Publicando su deshonra.

»El baldón de los vencidos  
Nos quedará por memoria;  
El oprobio perdurable  
Á los que están en la fosa.

»Llorad, llorad sin consuelo  
Por el bien que os abandona:  
De la torpe cobardía  
Huye siempre la victoria.»

—«¡Antes morir!» dicen todos,  
Y todos, con furia loca  
Y entusiasmo delirante,  
Sobre el sitiador se arrojan.

## ASALTO DE LA CIUDAD.

**T**REMENDA fué la embestida  
Del pueblo agareno: el campo  
De Don Jaime, con pavora,  
Vió la señal del estrago.

Aquéllos que por jactancia  
Contra el Emir se indignaron,  
Del concierto que propuso  
Volviéronse partidarios.

Mas el Rey, con faz severa,  
Con desprecio soberano,  
Dijo: «Yo nunca propongo  
Lo que antes he rechazado.»



La entereza de Don Jaime  
Dió fin á los comentarios;  
Engendró la ira en las almas,  
Puso el acero en las manos.

Un héroe de Barcelona  
Fué caudillo en el asalto;  
Siguió Martínez de Eslava;  
Tras él los demás entraron.

El ángel de la victoria  
Ciñó al sitiador el lauro:  
Los guerreros de Don Jaime  
Veinte mil moros mataron.

Valiéndose del desorden,  
Treinta mil, entre soldados,  
Viejos, mujeres y niños,  
Pudieron ponerse en salvo.

No se ocultó ni un tesoro,  
No hubo tiempo de guardarlos;  
Enriquecióse la tropa  
Con el botín encontrado.

El Emir y un hijo suyo  
Fueron presos: en el acto  
Don Jaime los dejó libres  
Y los trató con halago.

Tan modesto en la victoria  
Como altivo peleando,  
El Rey supo ser un padre  
Para sus nuevos vasallos.

Así tomó en pocos meses  
Un Rey de muy pocos años  
El gran nido de piratas  
Que fué de la mar espanto.

Desde entonces los musulmes  
Al Conquistador llamaron  
*Sultán del fuego*, que todo  
Lo abrasaba con sus rayos.

Y se dijo en Cataluña:  
—«Los moros ya no harán daño,  
Pues Don Jaime los avienta  
Con la cola del caballo.»

NUEVAS VICTORIAS

1232 Á 1234



## FÁCILES CONQUISTAS.

No bien salió de Mallorca  
Don Jaime, no bien se supo  
Que ausente de aquella tierra  
Celebraba su triunfo,

El bravo pueblo muslime,  
Que buscó en el seno abrupto  
De la sierra peñascosa  
Lugar tranquilo y seguro,

Alzóse contra el cristiano,  
Mostrándose tan sañudo  
Como se mostró prudente  
Al entrar en su refugio.



No le abatió la miseria  
Ni el acero le redujo:  
Quiso hallar en las montañas  
La libertad ó el sepulcro.

Así respondió al caudillo  
Que una tregua le propuso:  
— «Venga á rendirme Don Jaime,  
Ó no me rindo á ninguno.»

Volvió el Rey; pudo su rostro  
Lo que la fuerza no pudo:  
La rebelión imponente  
Se disipó como el humo.

\* \* \*

Aún á Menorca tenía  
El infiel bajo su yugo;  
Corrió Don Jaime á ganarla  
En un momento oportuno.

Para conquistar la tierra,  
Vencer tropas y hendir muros,  
Por todo ejército quiso  
Treinta lanzas y un escudo.

Mas le bastó con su nombre,  
Que á dicha el muslime tuvo  
Ser obediente vasallo  
De un Rey valeroso y justo.

Luego Ibiza y Formentera  
Se rindieron á los suyos,  
Y la fama de Don Jaime  
Extendióse por el mundo.

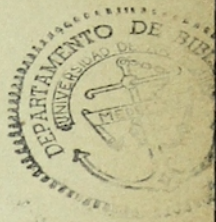
## GENEROSIDAD DEL REY.

1232 Á 1234.

**H**UYEN del audaz monarca  
Los veleidosos barones:  
Unos muy tarde le ayudan,  
Otros jamás le socorren.

Por su camino prosigue  
Aunque muchos le abandonen:  
Su divisa es *¡adelante!*  
Ya los moros la conocen.

Á pesar de los ingratos,  
Con sus buenos servidores  
Rinde infieles, gana tierras,  
Villas toma, cercos pone.



Incansable, decidido,  
Resistente como el roble,  
No hay azar que le detenga  
Ni fatiga que le importe.

Sustentando la campaña  
Le afligen deudas enormes;  
Á sus cautivos malvende  
Por salir de obligaciones.

Los despojos de la guerra  
Son caudal para los nobles;  
Gana mil y toma ciento,  
Siembra mucho y no recoge.

Cura heridas con sus manos,  
Ofrece pan á los pobres,  
En persona busca auxilios,  
Ingenios y provisiones.

Acude ansioso doquiera  
Que hay desdichas ó temores:  
Á los audaces impele,  
Á los tímidos desoye.

Siempre avanza, persiguiendo  
Los lejanos horizontes;  
Domina la enhiesta cumbre,  
Pasa el valle, cruza el bosque.

Por las orillas del Júcar  
Derrama sus escuadrones,  
Y á la ciudad de Valencia  
Se acerca tanto una noche,

Que los guerreros musulimes  
Al combate se disponen  
Y las fogatas de alarma  
Encienden sobre las torres.

## LA SEGUNDA ESPOSA.

1234.

«**D**ON Jaime, del Rey de Hungría  
Soy el digno mensajero:  
Quiere hablarte por mis labios,  
En su augusto nombre vengo.

»Admirando tu grandeza  
Y la fama de tus hechos,  
Contigo unirse ambiciona  
Para esplendor de su reino.

»Según él lo solicita,  
Según ha sido dispuesto  
Por el Padre de los fieles,  
El buen Gregorio Noveno,

» Á la princesa Violante  
Hoy por esposa te ofrezco:  
Es digna de tu cariño  
Y de tus merecimientos. »

— «Mucho elogian su hermosura.»  
— «Rey Don Jaime, yo no puedo  
Describirla; no hay palabras  
Que la expresen con acierto.

» Busca una estatua asombrosa,  
Prodigio del arte griego,  
Maravilla de los ojos,  
Desesperación del genio:

» Roba la vida á los dioses,  
Cual la robó Prometeo,  
Para dar calor y sangre  
Á tan mágico portento:

» Encierra en ambas pupilas  
Los resplandores del cielo,  
Y un jirón del horizonte  
Más azul y más sereno:

»Derrama copos de nieve  
Sobre la tez; un pequeño  
Cáliz de rosa, en los labios;  
Su perfume, en el aliento:

»Haz que un clavel purpurino  
Dé á las mejillas un beso;  
Que en el negror de la noche  
Se empape el fino cabello;

»Que haya perlas en la boca,  
Y que luzca el talle suelto  
La ostentosa gallardía  
De la palma del desierto:

»Añádele los encantos  
Peregrinos y hechiceros  
Que una madre apasionada  
Encuentra en sus pequeñuelos,

»Y aun no tendrás, Rey Don Jaime,  
El acabado y perfecto  
Trasunto de la hermosura  
Que te ha elegido por dueño.»



—«Harto dices, harto encomias;  
Pero negarme no debo.  
Si rehusara, ¿qué diría  
El buen Gregorio Noveno?»

CONQUISTA DE VALENCIA

1234 Á 1238



## EL REY NO HUYE.

**E**N la vega de Valencia  
Manda el Rey que se construya  
El Puig de Santa María,  
Dominando la llanura.

Rendirlo quieren los moros:  
Sencilla la empresa juzgan;  
Atácale de repente  
Muchedumbre furibunda.

Se resisten los cristianos:  
Después de sangrienta lucha  
Retrocede avergonzada  
La orgullosa media luna.

En auxilio de sus gentes  
Acude el Rey con premura:  
Ya saben que llega á tiempo  
Cuando han menester ayuda.

Al retirarse Don Jaime  
Por selvática espesura,  
Ve venir tropa enemiga  
Muy superior á la suya.

Ferrando Pérez le dice:  
—«No valen fuerza ni astucia:  
¡Huyamos, señor, huyamos!»  
El Rey exclama:—«¡Locura!

»Jamás me he visto en el trance  
De recurrir á la fuga;  
Yo no sé cómo se huye  
Ni quiero saberlo nunca.»

Sigue adelante el monarca;  
Los moros sienten pavora,  
Le ven atajar el paso  
Y nadie se lo disputa.

## LA GOLONDRINA.

**L**EVANTA la tropa el campo;  
Algunos guerreros ven  
Un nido de golondrina  
Sobre la tienda del Rey.

—«¡Quietos!» prorrumpe Don Jaime:  
«No mi tienda levantéis  
Hasta que deje su nido  
La que la quiso escoger.

»Avecilla pasajera,  
Pues en mí tuviste fe,  
Yo protejo tus amores,  
Yo te sirvo de sostén.»

Así un alma se retrata  
En cualquiera pequeñez:  
Los hermosos sentimientos  
Prueban el oro de ley.

## LOS REYES EN EL PUIG.

«**S**ABED, mi Reina y señora,  
Pues que pretendéis saberlo,  
Por qué estamos aquí juntos,  
Por qué dispuse traerlos.

»El Puig de Santa María  
No es alcázar ni aposento  
Que debe servir de marco  
Á hechizos como los vuestros;

»Mas prometí que sirviera  
Y cumplo lo que prometo.  
Vais á saber, dulce esposa,  
Cómo llegué á prometerlo.

»Gobernaba este castillo,  
Desde que lo construyeron,  
Bernardo Guillén de Entenza,  
Catalán de mucho esfuerzo.

»Murió, por desgracia mía;  
Sus valerosos guerreros,  
Al quedarse sin caudillo,  
El entusiasmo perdieron.

»Los nobles de Zaragoza,  
Hasta la gente del pueblo,  
«¡Dejad el Puig!» exclamaron:  
«El Puig os será funesto.»

Yo repliqué: «Nadie sabe  
»Lo que valgo y lo que puedo.  
»Con el Puig tendré á Valencia;  
»Una torre dará un reino.»

»Al Puig vine sin demora,  
Mandé sepultar al muerto,  
Y al hijo que le heredaba  
Yo mismo armé caballero.



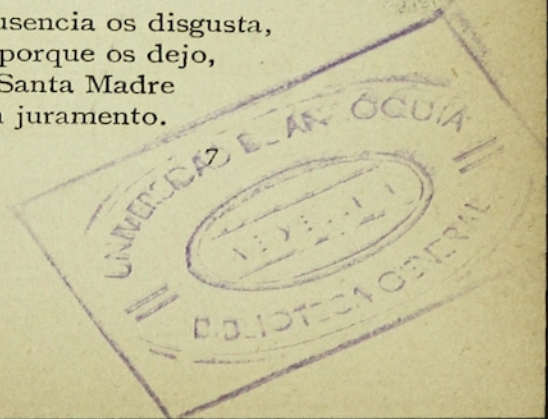
» Dispuse lo necesario  
 Á la defensa; y queriendo  
 Reunir para la conquista  
 Gentes, armas y pertrechos,

» Mi retorno á Zaragoza  
 Ordené, mas quiso el cielo  
 Evitarme una vergüenza  
 Previniéndome de un riesgo.

» Supe que estaban mis tropas  
 Rendidas al desaliento;  
 Que apenas yo me ausentase  
 Iban á salir huyendo.

» Entonces llamé á los jefes,  
 Nos reunimos en el templo,  
 Y con la mano en el ara  
 Hice este voto sincero:

« Ya que mi ausencia os disgusta,  
 » Ya que teméis porque os dejo,  
 » Á Dios y á su Santa Madre  
 » Voy á hacer un juramento.



» No pasaré de Tortosa  
» Ni de Teruel, si no tengo  
» Á Valencia dominada  
» Con la punta de mi acero.

» Para que ninguno dude  
» Que con vosotros me quedo,  
» Para que ninguno crea  
» Que olvidaré lo que ofrezco,

» Hija y esposa me aguardan  
» En Zaragoza; yo quiero  
» Que vivan aquí conmigo:  
» Id por ellas al momento.»

» Fué singular el asombro  
Que mis frases produjeron.  
Todos los que me escuchaban  
Lloraron, y yo con ellos.»

## RENDICIÓN DE VALENCIA.

SULTANA del ancho valle,  
Del Turia famosa reina,  
Encanto del agareno,  
Maravilla de la tierra;

La que en solio de jazmines  
Con mil hechizos ostenta  
La abundancia por ropaje,  
La hermosura por diadema;

La que en el seno turgente  
Y en la endrina cabellera  
Luce flores de granado,  
Capullos de madreSelva,

Despídete cariñosa  
Del señor á quien entregas  
Los admirables tesoros  
Que te da naturaleza.

Ya no le verás, tendido  
En los cojines de seda  
Cabe la plácida fuente  
Que murmura y embelesa.

Ya no le verás, mirando  
Desde la torre soberbia  
El aljófár de las aguas,  
La verdura de las huertas.

Ya no le verás, risueño  
Gozar de apacible siesta  
Bajo la choza sombría  
En el bosque de palmeras.

¿Por qué tan súbito cambio?  
¿Por qué tu señor te deja?  
—Porque Don Jaime Primero  
Asoma ya por la vega.

\* \* \*

¡Qué sublimes condiciones  
Las del Rey! ¡Cuánta grandeza!  
¡Qué tesón en los proyectos!  
¡Qué constancia en las empresas!

Á la par que en su camino  
Los obstáculos aumentan,  
En su espíritu animoso  
Va creciendo la firmeza.

Poco importa que los nobles  
Le pidan que retroceda,  
Ni que sus deudos y amigos  
De ayudarle se arrepientan.

En vano Zeyán le ofrece  
Cuantos castillos y fuerzas  
Hay de Teruel á Tortosa,  
Del Ebro en ambas riberas.

En vano quiere que admita  
Diez mil besantes de renta  
Y un alcázar levantado  
Por el dios de la riqueza.

Don Jaime á todo responde:  
—«Inútil es que me ofrezcas.  
Tú no me das lo que pido:  
Lo que yo quiero es Valencia.»

\* \* \*

Emprende el Rey la campaña,  
Aunque poca gente lleva;  
Las villas, las guarniciones  
Sin combatir se le entregan.

Ve su pendón el cristiano  
Enarbolarse en Betera,  
Nules, Almenara, Bulla,  
Alfandech, Uxó, Paterna.

Con mil trescientos guerreros  
Á la gran ciudad se acerca:  
Logra tomar á Ruzafa;  
Allí establece sus tiendas.

El Rey Zeyán lo ve todo:  
Desde las fuertes almenas  
La audacia de su enemigo  
Maravillado contempla.

«Hermosa ocasión, muslime,  
Si al instante la aprovechas:  
Diez mil quinientos soldados  
Te incitan á la pelea.»

Por fin Zeyán se resuelve,  
Sus bravas tropas ordena,  
Alza el espeso rastrillo,  
Abre la maciza puerta.

Los escuadrones avanzan,  
Los estandartes flamean,  
Atambores y añafles  
En el espacio resuenan.

Busca el moro á su contrario,  
Que sin moverse le espera;  
Y al ver su actitud, el miedo  
Puede más que la vergüenza.



Inmóvil sigue Don Jaime;  
Zeyán sus tropas encierra;  
Va el atambor silencioso,  
Va enrollada la bandera.

\* \* \*

El renombre del caudillo  
Á los cristianos alienta:  
Los combatientes acuden,  
El ejército refuerzan.

Aventureros de Francia,  
De Alemania, de Inglaterra;  
Voluntarios italianos,  
Milicias aragonesas;

Siete obispos, y otras altas  
Dignidades de la Iglesia,  
Los tercios de Zaragoza,  
Daroca, Teruel y Huesca;



Muchos hombres de Castilla,  
Un cuerpo de tropa inglesa  
Que el Rey Enrique Tercero  
Quiso mandar á esta guerra;

Las milicias catalanas,  
Los templarios de Provenza,  
Los nobles comendadores  
De Alcañiz y de Oropesa,

Y muchos más todavía,  
Pues el Rey á juntar llega  
Setenta y dos mil guerreros  
Que le rinden obediencia.

No es dudosa la victoria:  
El cerco Don Jaime aprieta;  
Los foneboles trabajan;  
El musulmán desespera.

Mil audaces leridanos  
Quieren entrar por la brecha;  
No han de vencer á los tigres  
Que acuden á defenderla.

Se desprenden las escalas  
Y hasta el ancho foso ruedan  
Los vencidos sitiadores  
Aplastados por las piedras.

La gran escuadra de Túnez  
En la costa se presenta.  
«Respira, Zeyán, respira,  
No es posible que te venzan.»

—«¿Qué pasa? ¿Por qué los moros  
Van huyendo á todas velas?»  
—«Porque los de Cataluña  
Llegaron con sus galeras.»

—«¿No habrá ya quien te socorra?»  
—«Socórrate la imprudencia  
Del Rey cristiano que viene  
Á provocar la refriega.»

»Desde el muro hasta su pecho  
No hay un tiro de ballesta.  
Zeyán, soldados te sobran  
De buen ojo y mano diestra.

»--Ballestero, allí le tienes:  
Dispárale una saeta;  
Escoge la más aguda;  
Apúntale á la cabeza.»

Da el tirador en el blanco  
Rompiendo el casco de suela:  
El Rey Don Jaime sonrío;  
Se arranca el arma y la quiebra.

La sangre le inunda el rostro;  
Lo cubre con una venda;  
Ya está otra vez en la silla,  
De nuevo á lidiar se apresta.

Van al asalto las tropas;  
Suben muchos, pocos entran.  
Los sitiadores no temen,  
Los sitiados no se arredran.

¡Con qué rabia se disputa  
La torre de Boatella!  
Don Jaime la prende fuego:  
Buen pasto tendrá la hoguera.

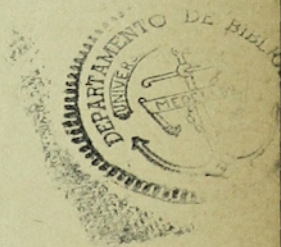
Sucumben allí los moros,  
Allí los valientes quedan,  
Teniendo por sepultura  
La incendiada fortaleza.

Por fin se humilla rendido  
Zeyán, con inmensa pena.  
De Alibufat en la torre  
Ve Don Jaime su señora.

No quiere ver más: se postra  
De hinojos, el suelo besa,  
Y da gracias á la Virgen  
Por ventura tan excelsa.

TRIUNFOS PROVIDENCIALES

1254 Á 1274



## LA EMBOSCADA.

1254.

QUIÉN á Don Jaime se atreve?  
¿Quién resiste sin quebranto  
La fuerza de su constancia,  
El empuje de su brazo?

Alcira, Denia, Gandía  
Y Játiva, se humillaron  
Al poder incontrastable  
Del gran Rey de los cristianos.

Cada conquista es anuncio  
De otra que está imaginando;  
Enardecen las empresas  
El vigor de su entusiasmo.

Manantial inagotable  
De proyectos temerarios,  
Que á la vez que se conciben  
Se contemplan realizados,

Aun le alcanza el tiempo breve  
Para lidiar con ingratos,  
Rindiendo por bizarría  
Lo que no por agasajo,

Pues no le dejan tranquilo  
Sus indómitos vasallos,  
Rebeldes como ningunos,  
Fieras dignas de tal amo.



Lleva consigo la gloria  
Escuderos voluntarios:  
Odio, traición y perfidia,  
Que siempre están acechando.

¡Ay del héroe generoso  
Despreciador del engaño!  
En su camino esplendente  
No ha de faltar un malvado.

El moro Azedrach, guerrero  
Que ambiciona fama y lauros,  
Quiere vencer á Don Jaime  
Con astucia de villano.

Aguarda ocasión propicia,  
Y apenas deja su campo  
El Rey, en obscuro bosque  
Le sale Azedrach al paso.

Lleva el Rey débil escolta;  
Muy pronto se ve cercado  
Por muchedumbre de infieles  
Que le ha cogido en el lazo.

Mas el número ¿qué vale?  
¿Qué la traición? Para el rayo  
No hay murallas poderosas  
Ni guerreros esforzados.



Á la primera embestida  
Del Rey, como por milagro  
Retrocede el enemigo,  
Temeroso de aguardarlo.

Sin que Azedrach le detenga  
Gana el monarca un atajo  
Y vase libre, diciendo  
Al infiel avergonzado:

—«Un hombre como Don Jaime  
No ha de quedar en tus manos:  
Merece fin más glorioso,  
Tiene destino más alto.»

## EL CONSEJO DE CIENTO.

1265.

No sólo cuida Don Jaime  
De batir al agareno;  
Su imaginación abarca  
Los más altos pensamientos.

En el estrado, legista,  
Como en las lides guerrero,  
De todas suertes procura  
El bienestar de su reino.

Ayer conquistó ciudades  
Y territorios y siervos;  
Hoy dispone la reforma  
Del gran Consejo de Ciento.



Déjale ya convertido  
En institución modelo,  
Firme escudo de las leyes,  
Salvaguardia de los fueros.

En el ilustre Senado  
Por el Rey toman asiento  
Concelleres y prohombres,  
Los mejores de los buenos.

La túnica roja visten,  
Mostrando que están dispuestos  
Á dar su sangre y su vida  
Para defender al pueblo.

Dice un obispo á Don Jaime:  
— «Tanto hacéis, que no sabemos  
Cómo elogiar tales muestras  
De sublime entendimiento.»

Así responde el monarca:  
— «Trato de hacer lo que puedo:  
No me digáis que ya es mucho,  
Porque me parece menos.»

»Loco ha de ser el que viva  
De sus obras satisfecho:  
No por ceñir la diadema  
Discurro con más acierto.

»Loco será el que imagine  
Que no há menester consejo,  
Y que al llegar á la cumbre  
Desparecen sus defectos.»

## CONQUISTA DE MURCIA.

1266.

Á Murcia llega Don Jaime:  
La ciudad quiere rendir,  
Mostrando arrebatadora  
Impaciencia juvenil.

Para plantar sus reales  
Buen sitio manda elegir  
Al adalid que le guía:  
Mal escoge el adalid.

En el lugar que señala  
Pueden al monarca herir  
Los tiros de los sitiados:  
No pocos llegan allí.

El Rey dice sonriendo:  
—«Tu elección es infeliz;  
Pero ya que lo deseas,  
Me voy á quedar aquí.»

\*  
\* \*

Resístese el agareno  
Como fiera en su cubil;  
Mas cuando ataca Don Jaime  
Inútil es resistir.

Los valerosos murcianos  
Doblan la altiva cerviz;  
Al sabio Rey de Castilla  
Don Jaime le dice así:

—«Tronos quedan á mis hijos,  
Tronos puedo repartir.  
Tuyo es el reino de Murcia,  
Lo he ganado para tí.»

## EL CASTILLO DE LIZANA.

1266.

I.

LIGADOS contra Don Jaime  
Los nobles aragoneses,  
Cual si fuera su enemigo  
No se cansan de ofenderle.

Ellos provocan la lucha  
Y el vencimiento no temen:  
El Rey los va perdonando  
Á medida que los vence.

Mas Don Ferriz de Lizana  
Tanto á Don Jaime se atreve,  
Que osado le desafía  
En injuriosos carteles.

Perdiendo el Rey la paciencia  
Sale en busca del rebelde:  
No hay calma que no se apure  
Ni vaso que no se llene.

\*  
\* \*

Por obligación estrecha  
Y juramento solemne  
Que hicieron los ricos-hombres  
De ayudarse mutuamente,

Villa y torres de Lizana  
Un hijo del Rey defiende:  
Fernán Sánchez el bastardo,  
El que tendrá mala muerte.

Cuando se acerca Don Jaime  
Rigiendo lucida hueste,  
Sumiso Fernán se postra  
Y le dice reverente:



—«Señor, contra vos no puedo;  
Una gracia concededme  
Que ponga mi honor á salvo  
En la empresa que mantiene.

»Voy á salir del castillo,  
Me iré con toda mi gente,  
Los guerreros de Lizana  
Entrarán á defenderle.

»Dejadme libre salida,  
Permitid que me releven:  
Así cumpliré conmigo,  
Con vos y con mis deberes.»

Gustoso escucha Don Jaime;  
Lleno de júbilo accede:  
Con estruendosa algazara  
Baja el sitiado los puentes.



## II.

Á la puerta de su tienda  
Está el Rey, los ojos fijos  
En la hueste numerosa  
Que se dirige al castillo.

Los soldados de Don Jaime,  
Inmóviles y sombríos,  
Ven llegar á los que fueron  
Otras veces sus amigos.

Cuando se acercan y pasan  
Los semblantes conocidos,  
¡Qué animación en la tropa!  
¡Qué rumor tan expresivo!

Palabras, gestos, señales,  
Algún sofocado grito,  
Movimientos de sorpresa,  
Comentarios peregrinos.

— «Aquél es Fortún.» — «El otro  
 Parece Sánchez.» — «El mismo.»  
 — «¡Un almogávar!» — «¡Don Pedro!  
 Ninguno lo hubiera dicho.»

— «El de la cota partida  
 Entró en Valencia conmigo.»  
 — «Al del capuz ¿le conoces?»  
 — «¡Ahí viene Miguel!» — «¡Dios mío!»

— «Mira el grupo de templarios.»  
 — «¿Quién es el jefe?» — «Un sobrino  
 De Don Ferriz.» — «Ya recuerdo.»  
 — «Tiene valor.» — «Buen caudillo.»

— «El cerco será penoso.»  
 — «Esta es la guerra, Dionisio.  
 Ayer lidiábamos juntos,  
 Hoy seremos enemigos.»

Á todos mira el monarca  
 Y recuerda haberlos visto:  
 Varios con él compartieron  
 Las glorias y los peligros.

Ninguno quiere mirarle:  
 Á su pesar, conmovido,  
 Les dice:—«¡También vosotros!  
 ¿Por quién pasáis el rastrillo?»

—«Por Don Ferriz de Lizana  
 El señor á quien servimos.»  
 —«No saldréis más, insensatos,  
 ¡Mirad bien que yo lo digo!»

Pero todos le responden  
 Con sublime laconismo:  
 —«Pasará lo que Dios quiera,»  
 Y prosiguen su camino.

### III.

Á discreción se entregaron  
 La fortaleza y la villa:  
 El jefe de los vencidos  
 Piedad al monarca inspira.

Es soldado valeroso,  
Modelo de gallardía,  
Le corona la hermosura,  
La juventud le ilumina.

Sostiene con arrogancia  
Del Rey la mirada altiva,  
Cual si la muerte que espera  
Remediase su desdicha.

Don Jaime le dice:—«Puedo  
Perdonar la rebeldía  
Si no se mancha tu labio  
Con vergonzosa mentira.

»¿En dónde está el de Lizana?  
—«Yo lo sé.»—«Como lo digas,  
Te perdono.»—«Jamás vendo  
Secretos que me confían.»

—«Pues si no quieres decirlo,  
Por tesón ó por malicia,  
Voy á mandar que te cuelguen  
De la torre del vigía.»

El jefe cruza los brazos,  
Al Rey con firmeza mira  
Y de este modo responde:  
— «Señor, hacedlo en seguida.

» Ante amenazas de muerte  
Sólo el cobarde vacila:  
Cebad en mi honrado pecho  
La sanguinosa cuchilla.

» Despedazadme en la rueda,  
Decid que en ardiente pira  
Los miembros me pulvericen:  
Vuestra, señor, es mi vida.

» Pero no más que la carne  
Se rinde á quien la domina:  
El cuerpo, lo habéis ganado;  
El alma, no, que aún es mía.

» Y ella, señor, vive siempre  
Tan ansiosa de justicia,  
Que, aunque quisiera, no sabe  
Cometer una perfidia.

»Colgadme, pues, de la torre  
Si la hazaña os regocija:  
Cuanto más alto me cuelguen  
Veréis mi honor más arriba.»

—«¡Huye!» le dice el monarca.  
«Libre tienes la salida.  
Nunca Don Jaime Primero  
Castigaré la hidalguía.»

## EL CONCILIO DE LION.

1274.

**G**REGORIO Décimo intenta  
Disponer una cruzada:  
Estando el Rey en Alcira  
El Pontífice le llama.

Va el de Aragón al Concilio:  
Desde que pisa la Francia,  
Con regia, solemne pompa  
En los pueblos le agasajan.

Por admirar su figura  
Salen á calles y plazas  
Aprisa los caballeros,  
Aun más aprisa las damas.





Obispos y cardenales,  
Mensajeros y embajadas  
De príncipes y de reyes,  
Con impaciencia le aguardan.

En el salón del Concilio  
Un estrado se prepara;  
Pérsica alfombra lo cubre,  
Rico tapiz lo engalana.

Dos sillas se ponen juntas:  
La de Gregorio es muy alta,  
Pero la del Rey Don Jaime  
Sólo es un palmo más baja.

Congrégase la asamblea;  
El Pontífice declara  
Su voluntad, ofreciendo  
Pasar á la Tierra Santa.

Elogia con entusiasmo  
La empresa porque se afana,  
Y propone que dirija  
El de Aragón la campaña.

Cuando Gregorio concluye  
Su discurso, se levanta  
Don Jaime: todos esperan  
Con ansiedad sus palabras.

Dice el Rey:—«En el Concilio  
No hay más testa coronada  
Que la mía: yo el primero  
Diré lo que se me alcanza.

»Os ofrezco, Santo Padre,  
Ayuda en la empresa magna,  
Que no fuera buen cristiano  
Si este deber olvidara.

»Podéis contar con el diezmo  
De mi tierra y con mi espada  
Mientras dure la conquista,  
Y después si aun hace falta.

»Iré con mil aguerridos  
Caballeros de mi casa,  
Que sabrán apoderarse  
De la tierra codiciada.

» Mas antes de que á Turquía  
Todo el ejército vaya,  
Conviene ganar castillos  
Que fácil paso nos abran.

» Dos mil y quinientos hombres  
Deben ir á la vanguardia  
Para que tomen lugares  
Y los cerquen de murallas.

» Hagamos nosotros algo,  
Y aliéntenos la esperanza  
De que Dios Omnipotente  
Benedicirá nuestras armas. »

Concluye el Rey. ¡Cuán profundo  
Silencio! Mas ¿por qué callan?  
Suele ser torpe la lengua  
Cuando hay pavora en el alma.

Á los de mayor prestigio  
Pide con vivas instancias  
Gregorio sus pareceres,  
Y al fin obligados hablan.

Uno juzga la conquista  
 Peligrosa y temeraria;  
 Otro añade que conviene  
 Meditar con mucha calma.

Quién dice que es imposible,  
 Quién propone dilatarla,  
 Muchos temen ó recelan  
 Y ninguno se entusiasma.

Arguye cierto prelado:  
 — «El sultán tiene una escuadra  
 De diecisiete galeras  
 Que los mares avasallan.»

— «Entonces,» dice Gregorio,  
 «Veinte serán necesarias.»  
 El Rey contesta:— «Son muchas:  
 Sobra con diez catalanas.»

Un caballero replica:  
 — «Es empresa aventurada.  
 La intención puede engañarnos,  
 Los propósitos no bastan.»

Álzase al punto Don Jaime  
Despidiéndose del Papa,  
Y así dice á los barones  
Que se encuentran en la estancia:

—«Yo me voy: seguidme, amigos,  
Porque aquí no se hace nada.  
Ya hemos dejado bien puesto  
El honor de toda España.»

Monta á caballo, y gobierna  
Con tal precisión y gracia,  
Que atónitos los franceses  
Al verle pasar exclaman:

—«No es tan viejo como dicen  
Este arrogante monarca.  
De seguro todavía  
Puede dar buenas lanzadas.»

LOS AMORES DE DON JAIME

BERENGUELA FERNÁNDEZ.

«DULCE hermana Berenguela,  
Mis humildes ruegos oye.»  
—«¿Cómo quieres que los oiga,  
Cuando el Rey me corresponde?»

—«Serás infeliz, si aguardas  
Que contigo se despose.»  
—«No ambiciono su diadema,  
Sólo quiero que me adore.

»No hay un amor como el suyo,  
No hay un amante en el orbe  
Más gentil ni más gallardo,  
Más hermoso ni más noble.



»Nunca se vió en la batalla  
Guerrero que tanto asombre,  
Ni en la arena del palenque  
Un doncel de mejor porte.

»Nació para ser amado  
Y tener admiradores:  
Así conquista ciudades  
Como gana corazones.

»Altivo con los soberbios,  
Apacible con los pobres,  
No es sólo el mejor monarca,  
Es el mejor de los hombres.

»Haces mal en ofenderme  
Con inútiles reproches.  
Hermana, si no le adoras,  
Es porque no le conoces.»



## EL PRESAGIO.

**E**N el bosque está Don Jaime  
Con su dama paseando:  
Camino de la ventura  
Van los dos enamorados.

Contempla el Rey á la hermosa  
Que, apoyándose en su brazo,  
Le dirige una mirada  
Llena de dulces halagos.

La tempestad los sorprende,  
El agua inunda los campos,  
Al pie de frondosa encina  
Procuran hallar amparo.

La dama guarda un secreto  
Y no quisiera guardarlo;  
Pero el rubor lo detiene  
Al asomarse á los labios.

Por fin, á Don Jaime dice,  
En voz baja y vacilando:  
—«Señor, el cielo te envía  
El hijo que ansiabas tanto.»

No bien pronuncia la bella  
Tales palabras, del árbol  
Se desprenden muchas hojas  
Abatidas por un rayo.

Quédase el Rey pensativo:  
Vertiendo copioso llanto,  
Huye del bosque la madre  
Temerosa del presagio.

Á un adivino recurre,  
Y consultados los astros,  
Explican de esta manera  
El porvenir del bastardo:

«Fernán ha de ser su nombre;  
Vivirá muy pocos años,  
Adquiriendo justa fama  
De valiente y de gallardo.

»Le dará su noble padre  
El señorío de Castro,  
Y será muerto en el Cinca  
Por voluntad de su hermano.»

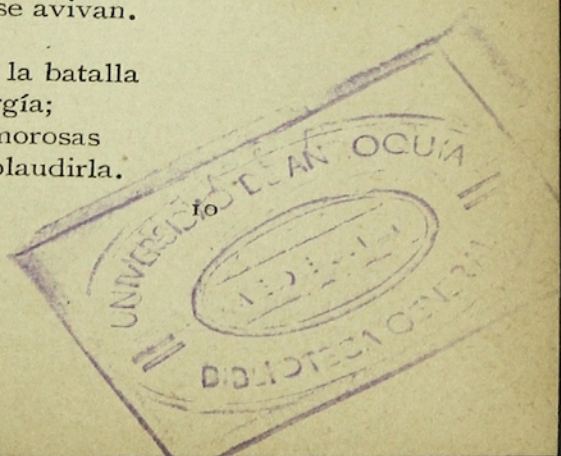
Cúmplase el terrible augurio:  
Fernán muere asesinado;  
Su madre busca consuelo  
En el retiro del claustro.

GUILLERMA DE CABRERA.

«ME preguntas, Nuño amigo,  
Por qué mi pecho palpita?  
¿No comprendes que á mis años  
Tan pronto el amor me rinda?

»Son de fuego las pasiones.  
Cada vez que nos dominan  
Hacen hoguera del juicio  
Y con la razón se avivan.

»Aplaudes en la batalla  
Mi singular energía;  
En las luchas amorosas  
Ya no quieres aplaudirla.



» Cuando es propio el ardimiento,  
Corre por todas las fibras,  
En cualquier hora demuestra  
Que está vivo todavía.

» No es posible sujetarle  
Á conceptos y medidas,  
Ni tener en cada caso  
Naturaleza distinta.

» Pero aguarda, Conde, aguarda;  
Por mucho que yo te diga  
No diré lo que tú mismo  
Vas á decir en seguida.

» Viene: prepárate á verla.  
¿De dónde vendrá la niña?  
Para mí, vino del cielo,  
Como el sol y la alegría.

» ¿Notas que todo se inunda  
De luz y todo se anima?  
Es porque viene mi amada,  
Mensajera de la dicha.

»Fíjate en sus atractivos;  
Dime ya si alguien podría  
Negarse á perder por ellos  
El corazón y la vida.»

Esto dice á Nuño Sánchez  
El Rey, cuando se aproxima  
De Guillerma de Cabrera  
La hermosura peregrina.

TERESA GIL DE VIDAURE.

Á LAS orillas del Turia,  
En un jardín que llenó  
De tesoros la opulencia  
Y de perfecciones Dios,

Tiene su nido la dama  
Del bravo Conquistador,  
La belleza su palacio,  
La ventura su mansión.

Enmohecido está el acero  
Que á los moros aterró;  
En los brazos de Teresa  
Busca Don Jaime el amor.

\*  
\* \*  
\*



Hallábanse una mañana  
Solos y juntos los dos,  
Cuando importuna visita  
Su coloquio interrumpió.

Era el que luego fué santo,  
Raimundo de Peñafort,  
Noble amigo del monarca  
Y padre de confesión.

—«Rey Don Jaime, Rey Don Jaime,»  
Con amargura exclamó:  
«¿No hay moros en la frontera  
Ó no hay en tu alma valor?

» Antes la fe te movía,  
Encaminándote en pos  
De la Cruz que en el Calvario  
Por siempre nos redimió.

» Fuiste consuelo y orgullo  
De la excelsa Religión,  
Cuchillo de la justicia,  
Esperanza del Señor.



» Esa mujer te ha hechizado,  
Pues sólo te mueven hoy  
Los vergonzosos placeres  
Que dañan el corazón.

» Miserable pecadora,  
Sirena de dulce voz,  
Con sus lúbricas caricias  
Tu espíritu envenenó.

» ¿No escuchas? ¿Duerme tu espada?  
¿Qué se hizo el cristiano ardor,  
Nuncio de heróicas empresas,  
Fuente de noble ambición?

» Rey Don Jaime, Rey Don Jaime,  
Mira que no te hablo yo:  
Te está hablando la sublime  
Palabra del Redentor.»

El Rey, conteniendo apenas  
Su agresiva indignación,  
Á las censuras del monje  
Prontamente respondió:

—«Sabéis que humilde os escucho,  
Porque os amo con fervor.  
Disgustaros no querría  
Ni aun sobrándome razón.

»Padre, mi acero no duerme;  
Si alguna tregua le doy,  
Nadie ignora que conmigo  
Demasiado trabajó.

»Mas ya que os disgusta ocioso,  
Dadle empresa y ocasión  
Para que deje el descanso  
Y combata por mi honor.

»Hablad, pues que el cielo os guía:  
Dispuesto á lidiar estoy.  
En cuanto á Teresa, padre,  
Tened conmiseración.

»Al veros, queda aterrada,  
Sintiendo el mismo pavor  
Que la débil cervatilla  
Cuando ve al tigre feroz.

»Llora, y su llanto me apena.  
Por mí, rara vez lloró;  
Luego no es justo que llore  
Por una causa menor.

»Jamás olvido que os amo,  
Pero no olvidéis quién soy.  
Nadie turba impunemente  
Los amores del león.

»Y basta; que ya la iglesia  
Con la campana os llamó.  
Rogad por mí, padre mío,  
Como yo ruego por vos.»

## LOS HIJOS DEL REY.

**D**E Doña Leonor, su esposa  
Primera, tuvo Don Jaime  
Un hijo llamado Alfonso,  
Que murió sin heredarle.

Dióle nueve la segunda  
Cónyuge Doña Violante,  
Y de algunas de sus damas  
Tuvo cuatro naturales.

Pedro y Jaime, compartieron  
La corona de su padre;  
Fernando falleció joven,  
Y Sancho murió en combate.



Violante, de Alfonso el Sabio  
Fué la mujer envidiable;  
Constanza, se unió en Castilla  
Con Don Manuel el Infante.

Sancha, humilde religiosa,  
Marchó á los Santos Lugares,  
Y desde allí subió al cielo  
Dejando renombre grande.

Murió la bella María;  
Isabel, logró enlazarse  
Con Felipe el Atrevido,  
Que fué luego memorable.

Le dió dos hijos varones  
Teresa Gil de Vidaure,  
Por el Rey legitimados  
Según dicen los anales:

Jaime, de Egérica dueño,  
Famoso por lo arrogante;  
Y Pedro, señor de Ayerve,  
Batallador incansable.

Otra dama muy hermosa,  
Que se apellidaba Sánchez,  
Le dió á Fernán, que en el Cinca  
Murió á manos de un infame.

Y también otro hijo tuvo  
De Berenguela Fernández:  
El barón de Ixar, azote  
De ejércitos musulmanes.

Todos del Rey alcanzaron  
Mercedes considerables,  
Pues más que altivo monarca  
Fué con ellos padre amante.

LOS POSTREROS AÑOS

1274 Á 1276

## LA ÚLTIMA VICTORIA.

### I.

«**C**AMPANERO, campanero,  
Sube á tocar la campana,  
Que fué Don Sancho á la guerra  
Y volverá sin tardanza.

»Los musulimes andaluces,  
Después de vencer á Lara,  
Incendian nuestras campiñas,  
Nuestras aldeas arrasan.

»El valeroso arzobispo  
Que los toledanos aman  
Sabrá vengar la derrota  
Como cumple á su prosapia.

»Ya por la orilla del Tajo  
Se descubre gente armada.  
¡Campanero, campanero,  
Ven á tocar la campana!»



«No son aquellos jinetes  
Los que en la ciudad se aguardan;  
Mas no temáis por los otros,  
Hábil caudillo los manda.

»Llevó Don Sancho al combate  
Poca gente, pero brava:  
La flor de sus servidores,  
La milicia catalana.

»Son muchos los enemigos:  
Mayor será la ganancia;  
Jamás el infiel resiste  
Los golpes del almogávar.

»¿No ves qué nube de polvo  
Asoma por la hondonada?  
¡Campanero, campanero,  
Ven á tocar la campana!»

«Es un rebaño el que viene.  
Impaciencia, ¡cómo engañas!  
Corazón, ¡cómo te afliges  
Cuando la ventura tarda!

»Mas no dudéis: la victoria  
Pondrá fin á nuestras ansias;  
El hijo del Rey Don Jaime  
Queda airoso en la demanda.

»¡Helos aquí! La señera  
De Don Sancho brilla ufana;  
Rigiendo los escuadrones  
Al aire va desplegada.

»¡Ya feneció el enemigo  
Á pesar de su arrogancia!  
¡Campanero, campanero,  
Sube á tocar la campana!»

«¡Luto, y horror, y vergüenza!  
¡Se ha perdido la batalla!  
Es Don Sancho, pero muerto:  
¡Qué desventura! ¡qué infamia!

» Ved su espantoso cadáver  
Con la cabeza cortada:  
También cortaron la mano  
En que el anillo ostentaba.

» ¡Qué miserables despojos!  
¡Oh dolor! ¡Oh suerte ingrata!  
¡Llorad, los que no supísteis  
Defender vida tan cara!

» Llorad ¡ay! sobre la tumba  
De nuestra muerta esperanza.  
Campanero, campanero,  
No toques ya la campana.»

## II.

En Lérida está Don Jaime:  
Allí la noticia infausta  
Recibe; llegó muy pronto;  
Jamás tardaron las malas.

Con otra nueva sorprenden  
Al afligido monarca,  
Para probarle que nunca  
Viene sola una desgracia.

Los musulimes valencianos  
Guerra feroz le declaran,  
Cébase en sangre inocente  
La morisca cimitarra.

Azedrach es el caudillo  
Que contra el Rey se levanta;  
Los guerreros que le oponen  
Sucumben en Concentaina.

Extiéndese el descalabro  
Como se extiende una mancha:  
Por todas partes aumenta  
La morisma sublevada.

¿En dónde está el invencible  
Que al musulmán aterraba?  
¿Le quita la edad los bríos?  
¿Se fatigó su constancia?

¡No! Ya su sangre se enciende,  
Ya su indignación estalla:  
En pie se pone de un salto  
Con agilidad que pasma.

Requiere yelmo y escudo,  
Empuña nudosa lanza,  
Y sobre el ferrado estribo  
Apoya la grave planta.

Mas ¡ay! vejez implacable,  
Destruyes, si no acobardas;  
Las viles fuerzas del cuerpo,  
Heridas por tí, desmayan.

Al verle tan débil, todos  
Con vivo interés le calman;  
Por fin deja que las tropas  
Acaudillen los Moncadas.

\*  
\* \*  
\*

Sobre el camino arenoso  
El sol su lumbre derrama:  
Corren hombres y caballos  
En busca de frescas aguas.

Tres mil quinientos musulimes  
De improviso los atacan:  
Rugen cual fieras rabiosas,  
Unos con otros se traban.

Cayendo van los mejores  
En lucha desesperada:  
Muere Serbós, muere Entenza,  
Sucumbe también Azagra.



No hay quien resista á los moros;  
Á poco más, allí acaban  
Con el poder de Don Jaime  
Y con la gloria cristiana.

Se llamó *el martes aciago*  
Tan terrífica jornada:  
Libróse junto á Luchente;  
¡Ojalá no se librara!

## III.

Los que han podido salvarse  
Vuelven á la regia estancia:  
Sospecha el Rey lo que ocultan  
Al observar lo que callan.

Todos yacen confundidos,  
Inmóviles como estatuas;  
Cada boca es un sepulcro,  
Cada pecho es una fragua.

Indígnase el soberano;  
En ardientes oleadas  
Le sube la sangre al rostro  
Y le oprime la garganta.

Cual fiero rey del desierto  
Hundido en angosta jaula,  
Que las robustas prisiones  
Con rudo empuje desata,

Sacudiendo la melena  
Don Jaime las manos alza,  
Yergue el cuello musculoso,  
Más la estatura agiganta,

Y con voz enronquecida  
Por la fiebre que le abrasa,  
Puesto en medio de los suyos  
De esta manera les habla:

—«¿Por qué calláis? ¿Qué ha pasado?  
¿Ya no hay hombres? ¿Ya no hay patria?  
¿Teméis que pueda venceros  
Esa turba desdichada?»



»¿Dónde está Pedro? Hijo mío,  
Ven aquí, ponme la malla,  
Despléguese mi bandera,  
Deje Tizona la vaina.

»Si el caballo me derriba  
Tendréis que llevarme en andas,  
Pero yo iré. Vivo ó muerto  
Iré á donde todos vayan.

»Á donde estén los musulimes,  
Á donde el honor se alcanza.  
¡En marcha para encontrarlos!  
¡Almogávares, en marcha!»

Las súplicas son perdidas,  
Las reflexiones son vanas,  
Los que quieren detenerle  
Avergonzados se apartan.

Vencidos por el ejemplo,  
Al Rey con ardor aclaman;  
Fórmanse los escuadrones,  
Embrázanse las adargas.

Olas de ciego entusiasmo  
Los corazones inflaman,  
Ya todos quieren pelea,  
Ya todos piden venganza,

Y en confuso remolino  
Hasta la llanura bajan,  
Como alud que se desprende  
Rodando por la montaña.

## IV.

Con las tropas escogidas  
Va el Príncipe á la vanguardia;  
El Rey pregunta anheloso  
Cada vez que alguien se para:

—«¿Está cerca el enemigo?»  
—«Aun no aparece.» —«Pues anda.»  
—«Quizá vamos á encontrarle  
Al salir de la cañada.»

Prosiguen los escuadrones,  
Rompiendo con algazara  
Las amarillas espigas  
Que sollozan y se apartan,

Mientras el sol juguetea  
En los capuces de grana,  
Y los arneses relumbran  
Sobre campos de esmeralda.

—«Espera: ¿no serán moros  
Los que cruzan por las palmas?»  
—«No lo son.»—«Pues adelante.»  
Y todos de nuevo avanzan.

Alegres van los soldados,  
Gozosa muestran la cara;  
Ninguno piensa en su vida  
Ni en su madre infortunada.

Y los nobles caballeros  
Platicando se solazan,  
Cual si tratasen de fiesta  
Más que de ruda campaña.

De improviso corta el aire  
Una nube de azagayas:  
Rápido son de atambores  
Pone al cristiano en alarma.

Sin calcular el peligro  
El Príncipe se adelanta,  
Gritando con voz de trueno:  
—«¡Aragón, á la emboscada!»

Le siguen á rienda suelta  
Los que á su lado se hallaban:  
Asómbrase la morisma  
Del ímpetu de la carga.

Al chocar unas con otras  
Las filas se desbaratan:  
Combátese frente á frente,  
Mano á mano, cara á cara,

Llevando el odio en los ojos,  
En el corazón la rabia,  
En los labios el insulto  
Y la muerte en las espadas.

Rotos brazales y yelmos,  
Desceñidas las corazas,  
En las carnes indefensas  
Hiere el cuchillo á mansalva.

Ninguno esquiva los golpes,  
Ninguno vuelve la espalda;  
Todos desprecian la vida  
Por el afán de arrancarla.

Como fieras se revuelven  
Sobre la sangre encharcada:  
El que no vierte la propia  
Lleva en sus manos la extraña.

Se mezclan ayes y gritos  
Con el fragor de las armas:  
¡Qué imponente martilleo  
De los hierros que se aplastan!

¡Qué informe y abigarrado  
Pelotón de carne humana!  
¡Qué tremenda vocería!  
¡Qué pavorosa matanza!

Por fin los cristianos vencen;  
Ni un enemigo se escapa:  
El que no está prisionero,  
Á Dios ha entregado el alma.

\* \* \*

Llega el Rey; su hijo le mira  
Y rápidamente exclama:  
—«Perdóname, padre mío,  
Si no aguardé á que llegaras:

»No fué por vencer yo solo,  
Fué porque el riesgo apremiaba.  
Tuya, señor, es la gloria,  
Pues tú me has hecho ganarla.»

—«Príncipe, ven á mis brazos  
Y en ellos recibe gracias,»  
Contesta el padre: «tú vuelves  
Por el honor de mis canas.»

Estréchanse conmovidos,  
Y viendo grandeza tanta,  
Con emoción indecible  
Todos lloran y se abrazan.

## MUERTE DE DON JAIME.

27 DE JULIO DE 1276.

CAMINANDO hacia Valencia  
Va Don Jaime con su hueste:  
De la postrera victoria  
Ciñe los frescos laureles.

Todos le miran sombríos  
Al notar lo que padece;  
Todos ven con amargura  
Que el Rey Don Jaime se muere.

La enfermedad no da treguas;  
El monarca lo comprende:  
Sintiéndose moribundo  
En el campo se detiene.



Con sabias disposiciones  
Ordena lo conveniente:  
Su memoria nada olvida,  
Á todo tranquilo atiende.

En el príncipe Don Pedro  
Hace renuncia solemne  
De la brillante corona  
Que fué ornato de sus sienas.

Le aconseja y le suplica  
Que noble en todo se muestre,  
Que luche como soldado,  
Que como padre gobierne.

Le da su espada Tizona  
Para que siempre la lleve,  
Y cada vez que la toque  
De quién la esgrimió se acuerde.

Le recomienda que siga  
La guerra con los infieles,  
Que el pabellón de las barras  
En sangre mora se anegue.

Á sus buenos servidores  
Y caudillos eminentes  
Recompensa generoso  
Con señaladas mercedes.

Sólo no deja á Don Pedro,  
De sus tierras y sus bienes,  
El Rosellón y Mallorca,  
Que á Don Jaime pertenecen.

Y libre ya de la carga  
Que jamás pudo vencerle,  
Manda que vistan su cuerpo  
Con hábito cisterciense:

Bendice á cuantos le escuchan,  
Los ojos al cielo vuelve,  
Lleva la cruz á los labios  
Y espira cristianamente.

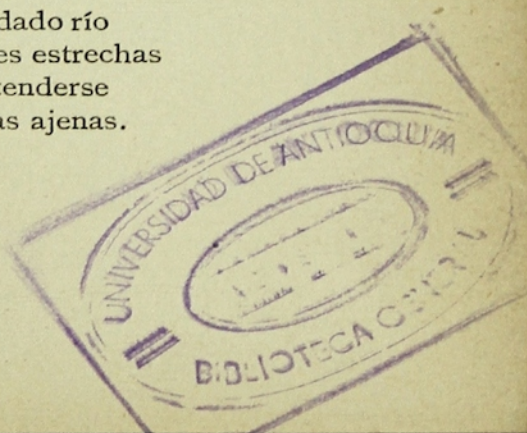
Valencia guardó sus restos,  
Y luego Poblet. Hoy tiene  
Tarragona las cenizas  
Del más digno de los reyes.

## APOLOGÍA DEL CONQUISTADOR.

LA vida del Rey Don Jaime,  
Singular y novelesca,  
Es la historia de un gran pueblo,  
La trama de un gran poema.

Durante el curso glorioso  
De su próspera existencia,  
El reino de sus mayores  
Rompió costas y fronteras,

Como desbordado río  
Que las márgenes estrechas  
Rebasa para extenderse  
Por las campiñas ajenas.



Bajo su mano de hierro  
Ya Cataluña es Provenza,  
Es Aragón, es Mallorca,  
Es Rosellón, es Valencia.

Ya Barcelona vislumbra  
La perínclita diadema  
Que engalanará sus sienes  
Al ser de las aguas reina.

Ya ve humillados los mares  
Al peso de mil galeras  
Que á los fuertes desafían  
Ostentosas y soberbias,

Y que avasallan el mundo  
Izando en la popa enhiesta  
El pendón enrojado  
Por cuatro barras sangrientas.

Cíñese á los nueve años  
La dura cota; y apenas  
Cumple los once, ya manda  
Su escuadrón en la pelea.

Conquista un reino á los veinte;  
Á los veinticinco, lleva  
En su corte reyes moros  
Que le adulan y festejan.

Sin más poder que su nombre,  
Todo un pueblo se le entrega;  
Dones, títulos, coronas  
Renuncia, olvida ó desdeña.

Gana reinos, y los cede,  
Porque sobrados le quedan  
Para que sus herederos  
Solios envidiables tengan.

En los de Francia y Castilla  
Dos de sus hijos se sientan,  
Y sus bastardos reciben  
Copiosa y fecunda herencia.



El moro le rinde parias,  
Ciudades y fortalezas.  
Sabios príncipes cristianos  
Le hacen juez en sus contiendas.

Le da asiento en los concilios  
El Pontífice, y desea  
Que dirija la cruzada  
Contra la hueste agarena.

El sultán de Babilonia  
Y el kan de Tartaria prueban  
Con obsequios y homenajes  
Lo mucho que le respetan.

De sabios y trovadores  
En su alcázar se rodea;  
Es rey, cronista y soldado,  
Como un tiempo Julio César.

Funda estudios, cobra fama  
En consejos y asambleas;  
El trabajo no le rinde  
Ni el pesar le desalienta.

Es dulce padre del pueblo,  
De los cristianos cabeza,  
Desdicha de los infieles,  
Regocijo de la Iglesia.

Modelo de gallardía,  
De valor y de prudencia,  
Noble, grande, generoso  
En la paz como en la guerra.

\* \* \*

Muy llorada fué su muerte.  
Según piadosas leyendas,  
Era santo, y por San Jorge  
Triunfó en todas sus empresas.

Héroe de treinta batallas,  
Supo ganar honra eterna:  
Su vida abarcó diez lustros,  
Su nombre llenó la tierra.





Admirable Cataluña,  
La historia te lo demuestra:  
Con Otger, ¡cuánta esperanza!  
Con Vifredo, ¡qué grandeza!

Con los Borrell, ¡qué hermosura!  
Con Berenguer, ¡qué opulencia!  
Mas con Don Jaime, ¡qué gloria!  
¡Qué magnífica epopeya!

# ÍNDICE.

## LOS PRIMEROS AÑOS.

	Páginas.
Nacimiento de Don Jaime. ....	7
La Orden de la Merced.....	15
Casamiento del Rey. ....	21
El Trovador.....	27

## CONQUISTA DE MALLORCA.

Cortes en Barcelona. ....	35
Regocijo en la ciudad.....	39
La expedición.....	43
La tempestad.....	45
Bernardo de Ruydemeya. ....	49
Almogávares y adalides.....	51
Los Moncada. ....	55
Guillermo de Mendiona.....	61



	Páginas.
Sitio de Mallorca .....	63
Discurso del Emir .....	67
Asalto de la ciudad. ....	71

#### NUEVAS VICTORIAS.

Fáciles conquistas. ....	77
Generosidad del Rey. ....	81
La segunda esposa. ....	85

#### CONQUISTA DE VALENCIA.

El Rey no huye. ....	91
La golondrina. ....	93
Los Reyes en el Puig. ....	95
Rendición de Valencia. ....	99

#### TRIUNFOS PROVIDENCIALES.

La emboscada. ....	111
El Consejo de Ciento. ....	115
Conquista de Murcia. ....	119
El castillo de Lizana. ....	121
El Concilio de Lion. ....	131

## LOS AMORES DE DON JAIME.

	Páginas.
Berenguela Fernández.....	139
El presagio.....	141
Guillerma de Cabrera.....	145
Teresa Gil de Vidaure.....	149
Los hijos del Rey.....	155

## LOS POSTREROS AÑOS.

La última victoria.....	161
Muerte de Don Jaime.....	177
Apología del Conquistador.....	181



*Este libro se acabó de imprimir  
en Madrid, en casa de  
Manuel Tello, el día  
29 de abril  
del año de  
1889*

